



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9709

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 21

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

JUEVES 15 DE MARZO DE 1894.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Co-responsables en París, A. Lorette, rue Camartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

NOVEDADES

EN EL MUSEO COMERCIAL.

Romanas privilegiadas empezando por cero. Gran precisión.—Hornillos para planchadoras, sastres y sombrereros para calentar 6 planchas simultáneamente y sirve á la vez de cocina.—Catres de campaña con somiers que pueden trasportarse fácilmente.—Cocinas con horno muy económicas.—Mosaicos de madera para sustituir el alfombrado.—Estuas Choubertki nuevo modelo.—Gas y electricidad.—Aparatos para el alumbrado.—Lámparas para salón y gabinete alta novedad.

PASAJE DE CONESA.—PUERTA DE MURCIA.

EL SACRIFICIO.

(Colaboración inédita.)

Profesábanse un cariño tan inmenso y desinteresado, que por nada se entibiaba ni por nada se rompía.

Juntos los dos desde pequeños dieron los primeros pasos en la vida: juntos participaron de los pescozones del maestro; juntos experimentaron las alegrías del chicuelo y juntos también sufrieron los pescozones que los azares del caprichoso sino hubieron de proporcionarles.

El dolor que experimentaba Juan tenía de melancolía el rostro de Luis y la alegría de este animaba el semblante de aquel. Tenían los mismos gustos, las mismas inclinaciones, idénticos caracteres; jamás guardaban secretos entre ambos y eran en fin una inteligencia para pensar y un brazo para ejecutar las empresas que acometían.

Nunca se ha presentado la amistad entre dos seres tan franca y desinteresada como en este caso; agota á mil diversas pruebas, experimentada en mil distintas ocasiones, ni las contrariedades ni las desgracias lograron restar la particula más insignificante de aquel noble impulso.

Entre los camaradas y conocidos de ambos llegó bien pronto á ser unánimemente admirada, amistad tan estrecha y firme hasta tal extremo, que ya no se les designaba con sus nombres si no con los de Juan-Luis ó Luis-Juan cuando de alguno de ellos se hablaba.

Tanto el uno como el otro sostenían sus resoluciones como si fueran propias de ambos y jamás se dió el caso, entre amigos tan acostumbrados, de que fingiéndose afectos por un lado se despellejaran mutuamente por otro.

Y es tan grato saber positivamente que tenemos un corazón amigo que toma parte así en nuestras alegrías como en nuestros dolos...

Jamás es tan sentida la falta en la mujer querida como lo es la traición en el amigo íntimo.

Cuando la mujer nos engaña tenemos el consuelo de poder decir: ¡Hay muchas mujeres!

—cuando el amigo nos traiciona decimos con sentimiento: ¡Hay pocos amigos!

La amistad se sobrepone á todo;

al amor propio, al valor personal; el amor, si bien es todo corazón al principio, nos invade después el hastio, el cansancio y por último llegamos á satisfacernos con el recuerdo del bien gozado.

Juan y Luis, ya lo he dicho, llegaron á sentir y comprender de tal modo la amistad que dudo se encontrasen otros dos seres que más afectuoso cariño se hayan profesado.

Tenían aproximadamente la misma edad y escusado es decir que hacían la misma vida.

Aun no habían pensado seriamente en afirmar su situación para el porvenir, bien es verdad que ricos los dos, no les preocupaba mucho esta idea y gozando de la vida lo posible para no aburrirse, dejaban transcurrir el tiempo sin desvelos ni cuidados de ningún género. Como si las prendas múltiples que continuamente se hubieran dado no fueran aun suficientes á patentizar de clara manera aquel cariño y desinterés en que fue basada su franca amistad, sujetóles el destino á una nueva y dolorosa en la cual, jugando el corazón el principal papel había de conocerse los grados de temple y abnegación de aquellas almas.

Frecuando la misma sociedad y teniendo las mismas relaciones conocieron Juan y Luis en la corte á una mujer de peregrina belleza. Jamás se habían ocultado la más ligera impresión que en una circunstancia no se comunicaron nada en absoluto que pudiera hacer mención á la hermosa criatura, con quien tropezaban de improviso en su camino.

Ambos estaban enamorados de ella y un secreto presentimiento que ninguno de los dos era capaz de explicar, privábalos de decirse el uno al otro las considerables proporciones que aquel doble amor tomaba en sus pechos.

Pero por fin llegó el momento de las confidencias. Timidamente primero, con vehemencia después, confiáronse el uno al otro aquel amor que poco á poco fue haciéndose dueño de sus almas y había invadido por completo aquellos hermosos corazones, en donde grabada en ese buril de fuego con que graba el amor llevaban ya la imagen de la mujer adorada.

Desde aquel momento no hubo otro tema en sus conversaciones y hacían infinidad de proyectos para el porvenir. Felicítábanse mutuamente de que á un tiempo mismo el amor hubiese prendido en sus pechos, encontrando dos criaturas ideales, dignas de aquel sentimiento y cuando felices y gozosos después de emplazar infinidad de proyectos de color de rosa, preguntáronse el uno al otro por la mujer causa de aquellas pasiones en ellos despertadas, vieron con honda pena que todas sus ilusiones rodaban por el suelo, que sus ensueños se desvanecían de brutal manera, ante la inmensa desgracia que sobre ellos pesaba. ¡Amaban á la misma mujer...!

Después de aquella confidencia que les puso en conocimiento de su desventura, comprendiendo y pensando lo escabroso y difícil de su

situación, en sus nobles pechos poco ó nada lucharon los sentimientos del amor y la amistad, pues esta, como siempre salió triunfante por encima de los egoísmos.

Ninguno de los dos se había dirigido al objeto de su amor, y ambos con noble arranque, halláronse dispuestos á sacrificar su pasión en aras de la amistad, dejándose el uno al otro libre el camino para conseguir el cariño de la mujer querida.

Los dos querían hacer igual sacrificio, los dos hacían renuncia de su amor; los dos pretendían abandonar su puesto y con el corazón herido y desgarrado el alma, buscaban en su amistad consuelo y lenitivo para su desventura. La abnegación, esa hermosa virtud de tan difícil práctica, se mostró en sus más bellos caracteres en las frases y hechos de ambos amigos.

Los dos, grandes de corazón, sacrificaban á su amistad los sentimientos inefables de un amor infinito.

—Yo soy más fuerte—decía el uno—y sé domar mejor que tú estos sentimientos que nos lastiman el alma. Tuya será esa mujer y viendo yo vuestra feliz unión, seré también feliz.

—No, no podrás—replicaba el otro.—No podrás soportar nuestros trasportes de cariño, pues lo comprendo claramente por lo que por egoísta que á trueque de tu dicha acepte ese noble sacrificio.

Trascurrieron algunos días y esta continuada conversación de aquel amor infinito que abrasaba sus pechos, aquella lucha tenaz y heroica que ambos libraban, parecía no tener fácil solución.

Así lo comprendieron Juan y Luis, cuyo caracter siempre alegre, siempre jovial, se tornó en triste y melancólico, hasta tal punto, que, comprendiendo los dos lo anómalo de su extraña situación, determinaron ponerla fin, valiéndose de un agente noble y enérgico.

II.

Ardía á la sazón la guerra civil, y una idea luminosa y levantada acudió á la mente de los dos amigos.

Hallábanse llenos de vida, de vigor, de energía, y un día acordaron partir á los campos de batalla como voluntarios de la Reina.

El plan no podía ser más sencillo: ambos lucharían como buenos, y aquel de los dos que fuese respetado por las balas enemigas y consiguiese quedar con vida, sería el dueño del amor de aquella mujer, causa de tan extraña resolución...

Lucharon con valor siendo siempre los primeros en aventurarse en los mayores peligros, buscaban la muerte con igual heroísmo y sin demostrar jamás fatigas ni desalientos, acudían á realizar las empresas más arriesgadas, los actos más heroicos, llegando con su comportamiento á merecer los elogios de sus jefes y la admiración y respeto de sus camaradas.

En cada nuevo ataque del que salían ilesos, redoblaban con furia sus bríos, buscando la muerte con verdadero afán. Los primeros en avan-

zar, los últimos en retroceder, ejecutaban actos de indescriptible arrojo, y viendo caer hombres y hombres heridos por las balas del enemigo, seguían impertérritos en el campo de batalla, llamando la atención de todo el mundo por su serenidad y sangre fría.

Desesperaban ya de encontrar la muerte, cuando en una inesperada y valiente acometida de nuestro ejército, sucedió lo que tenía que suceder. Un casco de metralla alcanzó el pecho de Juan, que cayó de bruce herido de muerte. Luis, que peleaba á su lado bravamente, acudió solícito al socorro de su buen amigo, y loco, febril, con cariño de madre, sin hacer caso de las balas que silbaban en todas direcciones, intentó en vano reanimar el cuerpo de Juan.

Pero todo fue inútil y Juan, agonizante, estrechando con fuerza convulsiva, aquella mano tan amiga, le dijo:

—¡Dios lo ha querido así, Luis! Tuyo será el amor de esa mujer. Quiérela mucho: hazla feliz como yo la hubiera hecho y... acuérdate de mí en medio de tu felicidad...

El dolor de Luis no tenía igual. Cargó penosamente con el cuerpo de Juan que condujo al sitio donde estaban los camilleros, y volviendo á la pelea acometió con furia contra las huestes enemigas, ansioso de hallar la muerte. La victoria fue completa, y poco tiempo después firmóse la paz, y las tropas regresaban á sus respectivos destinos cubiertas con los laureles del triunfo y de la gloria.

III.

¿Y Luis, consiguió gozar de la ventura soñada?...

No: Luis, hermoso corazón rayano en lo sublime, vió en la muerte de Juan un sacrificio inmenso, y allí, en el campo de batalla, sobre el cuerpo inanimado de su infeliz amigo, juró solemnemente no gozar del amor de aquella mujer, causa inocente de tan irreparable desgracia.

Hoy, para guardar respeto á la santa promesa, hállese Luis formando parte de una comunidad de cartujos y en su pecho solo alientan dos recuerdos mundanos: el de su amistad con Juan y el del amor sentido y no gozado.

V. DE DIEZ VICARIO.

(Prohibida la reproducción.)

TIJERETAZOS

A un rey negro del Africa lo ha destronado su tribu. Esta es la más negra—dirá ese rey.

Entre los moros de la kabila de Franja se discute actualmente quien ha demostrado más valor en los pasados sucesos de Melilla.

Y son de oír las disputas que tienen aquellos bárbaros. Al que no ha sido suficiente bárbaro le llaman gallina al por mayor.

Tiene gracia. Pero más gracia hubiera tenido la paliza que se les debió dar.

Según leemos en un periódico de Málaga, un profesor de instrucción públi-

ca de aquella provincia tiene adornada su habitación particular con los retratos de D. Claudio Moyano y D. Manuel Zorrilla.

Cualquiera se entera por ese detalle de las ideas políticas de ese maestro.

A un jovencuelo que se escapó de su casa de Málaga, lo encontró su padre en el paraje llamado el Palo y le pegó una paliza.

Claro. ¿Qué puede hacerse con el palo sino darlos gordos?

Un periódico dice que opina mal del surtido de aguas potables á la plaza de Gibraltar.

Hombre... sino me llamaran mal patrieta me reiría de eso.

¿Qué tiene que ver la posesión que nos tomaron los ingleses con darme un vaso de agua de vez en cuando?

Sobre todo, con cortar cañerías en caso de guerra estábamos al otro lado de la calle.

Dice á «El Diario de Murcia» su corresponsal de Madrid:

«En el consejo de mañana se conocerán las determinaciones concretas de los ministros y se verá por donde respira cada uno.»

¡Carambal! Es que no respiran por la nariz como los demás mortales?

¿Si serán desnarizados los nuevos ministros?

Allá va otro telegramita, comentado por el corresponsal:

«Como que ha caído de pie.»

De modo que si cae de boca no vale dos pitillos la vida del ministerio.

Los periódicos publican la biografía del ministro de Hacienda.

Y resulta que es sobrino del Sr. Sagasta y distinguido ingeniero de caminos, habiendo dirigido en tal concepto muchas é importantes obras de abastecimiento de aguas, pantanos, defensa de márgenes y desviaciones de ríos.

Después de eso puede ser un mal ministro de Hacienda.

Y sino ahí está Fábí, que era un boticario distinguido y había preparado con mucha destreza varias cataplasmas.

Y miren ustedes que fue mal ministro!

Como que aun se están acordando de él en Ultramar.

NOTAS

Si se confirman las noticias recibidas de Madrid por un periódico de Ferrol, no eran vanos nuestros temores de que llegue el día en que por falta de trabajo en los arsenales, haya que despedir á la maestranza de los mismos.

Dice el periódico de Ferrol que ha llegado hasta él la especie de que ha sido desestimada una exposición que dirigió al ministro de Marina el Capitán general de aquel departamento, en súplicas de que se asignaran al establecimiento naval del mismo, algunas construcciones, pues de no hacerlo así, llegaría el momento en que por la cesación del trabajo habría que hacer un despido de operarios.

¿En qué apoya el ministro de Marina su contestación?

Apóyala en la falta de dinero para emprender nuevas construcciones.

Queremos creer que el periódico de Ferrol ha sido mal informado; que ha oído mal quien haya oído eso de la desestimación de la instancia, porque sería